

LOS DÍAS DEL JURAMENTO

Marcelo Leandro Cimadamore

© 2016-2020, SafeCreative. Todos los derechos reservados.

© 2016-2020, Los días del juramento

© Autor y editor: Marcelo Leandro Cimadamore

© Diseño de portada: Marcelo Leandro Cimadamore

www.marcelocimadamore.ar
palabrasdichas@hotmail.com

ISBN 978-987-86-5618-2

Impresión bajo demanda: Autores Editores
Hecho el depósito legal según ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes y hechos retratados en esta obra son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

PRÓLOGO

Año 2013. A partir de una serie de entrevistas y consideraciones casuales, el joven Damián Pecat, bajo el amparo del periódico *Las Voces*, da a conocer su primer gran trabajo. Urgido por ajenas confesiones, refiere un episodio que tuvo como protagonista a un personaje famoso oriundo de San Sálfiro, lugar poco particular cercano a la ciudad de Orenca.

«Injusto sería no destacar la historia de hombres que fueron reducidos a meras imágenes desdibujadas», explicaba el director del periódico en una modesta conferencia durante el lanzamiento del libro. Agradecía a todos los entrevistados y se comprometía a salvaguardar algunos nombres reales por responsabilidad legal y moral.

Fruto de una verdad que pondrá el pasado en entredicho, en forma atrevida e inesperada, Damián Pecat hace pública una declaración libre y desconocida de sucesos acaecidos en el año 1963. He aquí el detalle de su indagación, nervio de su posterior crónica.

DAMIÁN PECAT

Tal vez no fuera profesional, pero a sus veintidós años el futuro que se forjaba parecía evidente. Damián explotaba su virtud con tanta pericia como naturalidad y sus cercanos lo sabían. También lo sabía el jefe de redacción.

Dos años llevaba en el periódico; su adaptación no había sido plena. «¡La cúspide de la lengua le tiene reservado un espacio!», farfullaba con sorna un colega que lo creía vanidoso. No percibía la sinceridad más pura e ingenua. Damián anhelaba ser escritor y no temía admitirlo, pese a que algunos opinaban que desarrollarse como periodista para finalmente dar la espalda al oficio era poco menos que anticipar un comportamiento desdeñoso. «No pretendas respeto, chico», le decían. «Aquí hay gente que ha dado la vida por contar una verdad. No estamos en una preparatoria».

Eran observaciones afectadas y él no las compartía. Sabía que tales sentencias cargaban propósito aleccionador, pero jamás se había burlado del oficio y, aun sin ser desdeñoso, sospechaba que en el periódico no existía sujeto capaz de dar la vida por una noticia. Trataban de impresionarlo.

Las Voces tenía gran historia en la ciudad, al margen de sus limitados recursos y de vivir a la sombra de *El Capitalino*, diario que avalaba su tinta con un centenar de años y el grueso de los lectores de la provincia. Era la referencia periodística ineludible, sobre todo en Orenca. Pero *Las Voces* —acaso para ser digno y no morir como competidor— en los últimos años había adoptado una metodología de trabajo poco conservadora y gustaba de distinguirse de la veterana editorial. Ya no respetaba los procedimientos ortodoxos y había saltado al formato digital en los albores mismos de la red, en una decisión bastante censurada. Ya por entonces algunos periodistas preguntaban si los periódicos debían ocuparse de captar el interés de la juventud o escribir para quienes auténticamente

ansiaban informarse. El prestigio además se obtenía a partir del material impreso. En entornos intangibles todo fluía rápido y nadie dejaba huella.

Damián Pecat formaba parte de la plantilla de «colaboradores intermitentes», como en la sala se les decía. Usualmente cubría noticias que otros rehuían por su hipotética falta de trascendencia. Allí estaba él, libreta en mano —como reportero de la vieja escuela—, cuando en un barrio había que reseñar problemas cloacales; cuando en zonas campestres había que puntualizar dificultades asociadas a la falta de lluvias; cuando en el zoológico nacía algún ejemplar y cabía mencionarlo. Su inexperiencia lo acercaba a temas que en su contextura y superficie se adivinaban triviales. Otras veces revisaba en una computadora notas escritas por compañeros o colaboradores desconocidos. Identificaba incoherencias y errores tipográficos, pero no siempre los podía corregir. Ciertos periodistas eran quisquillosos y pedían que nadie tocara sus notas.

El jefe de redacción Agustín Ponce Arregui, no obstante, confiaba en la capacidad instintiva de Damián Pecat y, a poco de sumarlo a la plantilla, lo había puesto a trabajar al lado de Samuel Esvelón, un reportero distinguido que *Las Voces* le había robado a *El Capitalino* hacía varios años. Ambos adultos avizoraban el talento del joven y fomentaban su colaboración encargándole, a medida que las circunstancias lo permitían, trabajos de mayor trascendencia y relieve. El camino era largo; no había motivo para apresurarse.

Damián agradecía las atenciones, pero creía que en un futuro breve, brevísimo, al cabo de aprender el arte de la narración, dejaría de ser reportero y se lanzaría como escritor para salir del anonimato mismo en que había nacido.

Era un muchacho especial; derecho, pero de costumbres peculiares. Criado en el seno de una familia que lo había acogido de recién nacido, luego de que su madre biológica (una conjetura

infundada) lo abandonase en la puerta de un hospital, podría haber crecido como un pequeño diablo y no faltó quien recomendase tener las antenas paradas, pues las malas sorpresas llegarían tarde o temprano. Pero nada de eso pasó. Damián creció como un chico bondadoso y sin ninguna malicia. Parientes cercanos nunca entendieron que él mentía o fabulaba no por picardía, sino porque le gustaba inventar historias. Era de mente despierta y tendía a aburrirse.

Ya de niño estuvo al corriente de su origen amargo. Supo que había sido adoptado desde que pudo entender qué cosa significaba ser adoptado. Creció asumiendo, por cuenta de la deducción e influencia del cine, que su madre no había podido encargarse de la crianza y que la decisión de dejarlo en la puerta de un hospital no era tan reprochable si se la razonaba; en los hospitales se encargaban de tareas afines, y más cruel hubiese sido abandonarlo en un contenedor de basura. Esta idea podría haber sido desoladora, pero nunca lo fue. Idealizó a sus padres y procuró dotarlos de facultades que estimaba distintivas; los volvió invisibles, menos humanos pero más respetables. Entrando en su adolescencia, comenzó a imaginarlos no como sujetos negados de Dios —o indignos del cielo—, sino como nómadas buscadores de algún destino inescrutable al que no hubiesen podido arrastrarlo siendo bebé. Los colmó, pues, de grandes convicciones y los reivindicó mental y emocionalmente. Puede que su llegada al mundo fuese producto de un contratempo o una tentación mal administrada, pero jamás se dejaría inundar por despecho o encono. Esperar un encuentro irreal con sus progenitores era un pasatiempo inocuo; parte de un juego que no incluía indisposiciones, pero sí tentativas fantásticas. Podía esperar eternamente o dormir con una oreja en la almohada y otra en la puerta; volverse animal para salir a la calle y olfatear rastros; tal vez protagonizar casualidades magnificentes que se explicasen por sí mismas. ¿Valía viajar en el tiempo y espiar a quien lo había abandonado?

Era inquieto, observador e insatisfecho. Tanto su poder de imaginación como su avidez por escribir historias fantásticas tendrían origen en esta niñez llena de expectativas y esperas, y en una madre docente que le había enseñado a analizar cuanto texto caía en sus manos, por más que ello rebasase en complejidad a lo que por educación le ofrecían en la escuela. Parte de su revoloteo interno, del espíritu juguetero que infatigable lo llevaba a imaginar un encuentro con progenitores extraños, sería dignamente administrado por su madre del corazón para que todo no desembocase en una frustración inmanejable con matices patológicos.

Damián debía su naturaleza agitada al desafortunado origen, pero nunca renegaría de ello ni tampoco osaría jactarse. Obraría siempre con inteligencia; aprendería a canalizarlo. Las ansiedades e inquietudes no identificadas, desde luego, serían materia a tratar en su adultez.

Junto con sus dos hermanos se había criado sin mayores privaciones. Asistiendo a una buena escuela primaria, en donde su madre impartía clases, había aprendido a ignorar a quienes se burlaban no solo de su condición de adoptado, sino también de las extrañas manías que acusaba. Durante las clases agachaba la cabeza y se ponía a escribir o dibujar sin prestar atención al entorno; y como no era de naturaleza violenta o rabiosa, pues ni se defendía de sus compañeros y sin más se dejaba ofender. Tampoco se le daban bien las artes físicas; tenía cuerpo de niño y como niño quedaría... Dejaría de crecer a los doce años. Un metro sesenta centímetros y cincuenta kilogramos.

No parecía en la actualidad tener doce años, pero tampoco veintidós. Sus formas y conductas eran alegres pero recatadas, y solo por este rasgo último uno advertía que en realidad no estaba frente a un adolescente.

En la escuela una maestra lo encaminó hacia la escritura. Notó en él una inquietud que, pensó audazmente, bien podría encausarse a través de la palabra. Le dio pautas básicas. «Inten-

ta escribir cuanto ocurra en tu cabeza. ¡Sí, todo lo que imagines! ¿Las historias de fantasía? ¡Absolutamente!». Así Damián escribió sus primeros cuentos, llenos de dragones y aventuras épicas, y dejó entrever su habilidad para sorprender gratamente a aquellos adultos que lo leían. No existía un mundo posible sin animales parlantes y sin una princesa en peligro que por centímetros escapaba de la muerte, siendo apenas arañada por la idea horrorosa y prohibitiva que la excluiría de una próxima invención. Recreaba a diario tales realidades y sus cercanos lo alentaban en ese juego primordial y saludable. Mientras chicos de su edad se debatían entre la televisión, los juegos electrónicos y la calle, él vagaba por una tierra imaginaria (poco tecnológica pero anacrónica) en la que seres bárbaros luchaban mortalmente sin derramar una sola gota de sangre, y bestias imposibles se dedicaban a sobrevolar castillos para atormentar tanto a los nobles como a los prisioneros. En tal escenario la dama en apuros, la que a menudo era raptada cuando caminaba distraída por sus jardines, tuvo un rostro específico y ya nunca lo cambió.

Aquella princesa un día recibió nombre y se llamó Anabel. Damián estaba en quinto grado cuando se enamoró de forma platónica. Durante las clases miraba a su compañera y escribía inspirado por aquello que le hacía sentir. Anabel se convirtió en amiga leal y aprendió a simpatizar con la conducta distante y reconcentrada de Damián. No lo juzgaba. A veces le hablaba y no recibía más que respuestas fuera de contexto o silencios, pero no lo juzgaba. Se acostumbró a la particularidad —que algunos veían problemática—, y juntos crecieron embargados por un idilio propio de los que van creciendo y descubriendo el mundo.

Llegaron a la escuela secundaria y allí compartieron su andar letrado. Damián era buen estudiante, tal como ella, pero no brillaba porque la escritura acaparaba su tiempo. No paraba de escribir; lo hacía día y noche, también en la escuela. Así afilaba su mente, decía. Pero en realidad se hundía en sus

propias invenciones y nunca salía ileso. Sus urgencias, su relativa insatisfacción, lo llevaban a reincidir en conductas de niño reconcentrado y volvía, pues, a los silencios incongruentes y a las respuestas equivocadas. Se perdía en esos escenarios fatigosos y se dejaba ir cautivo por horas o incluso días. No podía luchar contra eso. Se hallaba continuamente al borde de un hallazgo, a las puertas de una historia que nadie en su sano juicio querría impedir. Si no era por causa de un cuento obstinado —uno de los que se le resistía—, siempre hallaba una obsesión creativa que él catalogaba como rudimento no desenvuelto. Nadie debía preocuparse. La solución estaba cerca. No podía estar confundido.

Anabel comenzó a estudiar psicología en la universidad. Él, en una tentativa ciega, también estudió la carrera durante un año. Fue una pérdida de tiempo; no retuvo un solo conocimiento. Abandonó para dedicarse de lleno a su pasión. Entonces escribía cuentos oscuros y dilemas menos agraciados y pueriles que el dragón de fuego que no dañaba a la princesa cuando esta lograba escapar en los brazos de un príncipe o sobre el lomo de un ave gigante que surgía convenientemente toda vez que se la requería.

Gracias a un profesor de la universidad, allegado a su madre, consiguió empleo en el periódico *Las Voces*. El hombre conjeturó que Damián podría allí practicar su arte, a la vez que utilizar la experiencia como trampolín. Su virtud se vería drásticamente enriquecida por el ejercicio de redacción al cual tendría que acostumbrarse.

El tipo le había augurado éxito de manera profética. Muchos escritores famosos, de renombre mundial, habían trabajado para periódicos y eso marcaba una pauta significativa. «Fueron grandísimos creadores, y sin embargo se iniciaron como reflectores de la rigurosa realidad. ¡Aprende! ¡Mantente atento! Todo autor debe sufrir su arte para encontrar el verdadero polo. Es cosa ineludible».

La capacidad de Damián no pasó inadvertida en el periódico y tanto Agustín Ponce Arregui como Samuel Esvelón pusieron el ojo en él. Esvelón, de hecho, lo adoptó rápidamente como protegido y comenzó a forjar con él una relación estrecha y profesional. Le enseñaba a la vez que aprendía. Decía Esvelón que la frescura del chico llegaba al oficio como preciada gratificación, para que las nuevas generaciones por fin supliesen al periodismo oxidado. Le tenía gran afecto.

EL TRABAJO

Lunes por la mañana. Damián acudió a su trabajo como cada inicio de semana. Los lunes debía presentarse en la redacción de *Las Voces* para comprobar si tenía alguna tarea asignada. Era la mecánica bajo la cual operaban los colaboradores intermitentes.

El básquetbol era en Orenca —y en la provincia— el deporte estrella. El club Atlético Lidonia era de los más populares, no tanto por sus logros sino por su masa fiel de hinchas. El periódico *Las Voces* era partidario gracias a su director, que años atrás había sido dirigente en la institución. El hombre llevaba el fanatismo en sus entrañas.

En los meses venideros, Atlético Lidonia se preparaba para celebrar el aniversario número cincuenta del único campeonato obtenido a lo largo de su historia, en el año 1963. Ante semejante ocasión, el periódico planeaba publicar un libro con imágenes, reportajes y crónicas de los protagonistas de aquella hazaña. Sumado a esto, el director proyectaba un apartado con biografías de los jugadores más salientes. Apenas cinco eran los hombres que a su juicio merecían trato distintivo. Todos ellos artífices del mentado torneo.

El jefe de redacción, Agustín Ponce Arregui, tenía ya pautada la elaboración del trabajo. Un periodista se encargaría de lo relativo al club desde su nacimiento —esto para darle un contexto al libro— y recapitularía la histórica campaña del año 63, partido a partido, con sus principales incidencias; otros tres periodistas se abocarían a la tarea de retratar a los emblemáticos jugadores poniendo énfasis en sus carreras, pero también en sus vidas. Se esbozarían biografías breves y se narrarían particularidades para darle al libro matices y ofrecerle al consumidor algo contundente. La conmemoración del logro deportivo sería una lícita excusa para reseñar de nuevo a aquellos grandiosos jugadores y ponerlos en boca de los fanáticos y de todo aquel que apreciara las

crónicas del pasado. El director del periódico sabía que vender el libro en tales fechas sería neta ganancia.

El jefe de redacción le encomendó a Damián Pecat una tarea especial. Debía viajar a San Sálfire, ciudad portuaria que quedaba a 170 kilómetros de Orenca, para indagar y escribir acerca de Julio Roizzino, el jugador emblema del club, el mismo que había brillado durante la temporada gloriosa. ¡Julio Roizzino! ¡Nada menos! Él se había retirado del deporte en forma abrupta e inesperada y, en la época, había causado gran revuelo. Sí, Julio Roizzino... El jugador... ¿No lo conocía? Bueno, eso no era importante. El caso es que Roizzino era uno de los jugadores más asiduamente recordados por la afición. ¡Debía considerarlo!

En la redacción había un elemento que a Damián le serviría para arrancar la *investigación*. Tendría que investigar. Una carta había llegado desde San Sálfire —hacia ya unos dos años— instando a la gente del periódico a que escribieran una vez más acerca de Julio Roizzino. La petición —entonces— había sido ignorada porque Ponce Arregui consideraba falto de interés lo relacionado con el astro del básquetbol. Mucho se había escrito ya del exjugador y ningún periodista ni fanático sentía verdadera intriga por su persona. ¡Cuánto habían luchado para entender sus razones! ¡Quién se alejaba en tan alto punto de su carrera! Pero resucitar ahora a la figura opacada, dado lo que se avecinaba, podría juzgarse enorme acierto. ¿Esa carta tenía algún propósito puntual? Tal vez. «Julio Roizzino», farfulló Agustín Ponce Arregui. Otra vez ese tipo. Nadie sabía cosa cierta de él, pero los hinchas más veteranos encomiaban su recuerdo año tras año. En un sueño recurrente ellos esperaban que alguna figura actual le hiciera sombra. Y ahora ni siquiera vivía. ¿Qué había sido de ese hombre? ¿Al menos había sido feliz?

Julio Roizzino había muerto hacía ocho años y no mucho quedaba por decir. Por tal razón la carta enviada desde San Sálfire había sido olvidada en un cajón del escritorio de Ponce Arregui. La oportunidad para indagar ahora, sin embargo, era